

1) Madrid 22 Diciembre.

G-V 311

Sr. D. Guillermo Fernández Shaw.

Mi querido amigo: perdóneme Vd.

que haya tardado un par de semanas en contestar a su carta de fecha 5. - Pasé ocho días en Segovia con mi hija menor, casada con un profesor de la Academia de Artillería, y al volver a Madrid me aquejó y molestó un fuerte lumbago que me ha obligado a guardar cama varios días.

Con mucho gusto contesto a las dos preguntas que Vd. me hace.

Tuve, en efecto, buena amistad con el padre de Vd., y ella nació cuando fuimos condiscípulos en el Colegio de San Isidro, sito entonces en la calle del Barquillo. Carlos

era algún año mayor que yo y más adelantado, por tanto, en los estudios del Bachillerato. Sin embargo, aunque no asistíamos a las mismas clases, nos juntábamos a las horas de recreo en un gran patio con árboles, y, sobre todo, nuestra intimidad mayor se debió a que en el gran salón de estudio de la planta baja, en el que teníamos asientos, mezclados, los alumnos de los distintos cursos, eran contiguos los pupitres de su padre de Vd. y el mío. Ello, y las aficiones literarias y teatrales que, desde niños, tuvimos los dos (aunque luego, de hombres, el alcansó mucha más fama y lucimiento) nos unieron con mayor fuerza y afeto que muchos condiscípulos del mismo curso o "año". - Recuerdo que en aquellas largas horas que pasábamos juntos en la sala de estudio, nos dedicábamos, más que a éste, a componer versos, y hasta escribimos en colaboración una comedia de magia, cuyas cuartillas nos rompió un día, que nos sorprendió en nuestro trabajo literario (!) uno de los cua-

3/

tro directores del colegio, de nombre Don Constantino, y de nombre (por ser bastante cojo) "Pata-chula". Juzgue Vd. de nuestros desconsuelos.

Después nos separó la vida, ingresando yo en la Academia de Estado Mayor, y dedicándose Carlos, más de lleno, a la literatura, pero siempre conservamos el culto a aquella estrecha amistad que contrajimos de chicos.

Más tarde, cuando yo volví de la campaña de Cuba — tendría unos 28 a 29 años, y corrían los del 97 al 98 — volvimos a juntarnos en la Redacción de la Época, periódico que fundó un hermano de mi padre, pero que ya por aquellas fechas había pasado a ser propiedad de la familia Valdeiglesias, y en el que Vd. también ha colaborado.

Aristiamos todos los redactores en masa a los estrenos teatrales, que eran otros tantos éxitos, de su padre: recuerdo, entre ellos, el de un precioso drama en verso en el español, el de la zarzuela La llama errante, y luego los sainetes de Apolo, en colaboración con López Silva y musicados por el maestro Chapi, cuyos títulos no hay ni que mencionar pues son modelos de aquel género.

Un detalle anecdótico, aunque no sirva a Vd. en la piadosa y filial tarea que me dice tiene entre manos de reunir recuerdos de la vida del que dio a Vd. la suya:

Celebróse en Madrid hace muchos años una exposición de tarjetas postales, ilustradas con versos o dibujos de los mejores escritores y artistas; estaba instalada en un local de planta baja, en la calle de Alcalá, por donde ahora el café Lyon d'or. A ella concurrí su padre de Vd. con una poesía muy corta, un pensamiento rimado, precioso pero amargo, como era desgraciadamente en sus última época - y siendo aún tan joven - su estilo y aún su ánimo y su carácter. - En aquellos breves versos se lamentaba el pobre Carlos de que, habiendo acariciado, hasta entonces en vano, el deseo y la ilusión de poseer alguna tierra, un solar, un trozo de campo o de monte, en no compartida propiedad, ahora que se le acababa de morir un hijo, un niño, hermano de Vd. en quien adoraba, veía tristemente realizada aquella aspiración de su vida, al poseer el trozo de tierra del cementerio en que yacía. Y aún recuerdo, como si lo estuviese leyendo ahora, que acababa la sentidísima poesía, con este verso:

"¡Ese pedazo de tierra es mío!"

5)

Por el mismo trance, y aún más doloroso, había pasado yo el año anterior, perdiendo dos hijos en tres días. Sin duda por ello, aquella poesía me llegó más al alma. Y al ver, al día siguiente a Carlos, le di un fuerte abrazo, que vino a ser la fusión de nuestros sentimientos por aquellas nuestras recientes penas.

Desde luego que este recuerdo no podrá utilizarlo Vd. probablemente para unirlo a los que está reuniendo, pero — a más de que no tengo ningún otro que ofrecerle — cumplo para mí mismo con esta especie de piadosa memoria, dedicada al excelente y querido amigo.

En cuanto al otro ruego que Vd. me hace, envuelto en un cariñoso encomio de la recopilación que hice de los "Mil pensamientos de Cervantes" y que le estimo y agradezco en cuanto vale, puedo decirle, casi con la seguridad de no equivocarme, que en ninguna de las obras que cuidadosamente leí y extracté para reu-

uir los que publiqué con aquel título, hay ninguno referente al amor maternal; y cuenta que leí, no solo cuanto imprimió el "Príncipe de los ingenios", sino hasta algunos trabajos que dejó inéditos y aún cartas particulares suyas.

De haber hallado algo sobre ese sagrado sentimiento de la maternidad; cómo no incluirlo en mi modesta, pero eso sí, cuidadosa recopilación?

¿Es que los escritores de nuestro siglo de oro, o bien no comprendían ese sentimiento, o bien, por el contrario, llegaba tan hondo a sus corazones que tenían profanarlo aludiendo a él siquiera.

Prueba de ello es también la ausencia que parece premeditada y es casi absoluta, en la escena española de aquella época, del personaje "madre". Creo que fué Harzenbusch el que hizo notar por primera vez esa rara particularidad de nuestro teatro.

.... ¿basta de lata, amigo Guillermo. A cambio de

7/

la pesadez de esta carta, espero que verá V. en ella
mi buena voluntad de complacerle y una muestra
del verdadero afecto que, por herencia de su pobre padre,
tanto como por los propios méritos de V., le profesa
muy cordialmente su viejo amigo

Rafael Coello